

En épocas más recientes se han preguntado los hombres con desconfianza si la teja que cae de un tejado ha sido lanzada por el amor divino, y los hombres empiezan á volver sobre las huellas antiguas del romanticismo de los gigantes y los enanos. Reconozcamos, pues, ya es tiempo de ello, que en nuestro reino particular de las causas finales y de la razón, son también los gigantes los que gobiernan. Y nuestras propias telas son desgarradas con la misma frecuencia por nosotros mismos y tan groseramente como si lo fueran por la teja de marras. No es finalidad todo lo que se llama así, ni mucho menos voluntad todo lo que recibe este nombre. Si de esto deducís: «no hay más que un solo reino, el de la imbecilidad y el azar», no habrá más que añadir: sí, acaso no hay más que un solo reino; acaso no hay ni voluntad ni causas finales; acaso somos nosotros los que las hemos inventado. Las manos de hierro de la necesidad que agitan el cubilete del azar siguen indefinidamente su juego; por fuerza ha de ocurrir que algunas suertes tomen apariencias perfectas de finalidad y sabiduría. ¿Acaso nuestros actos voluntarios, nuestras causas finales, no son más que esas suertes, y nosotros, demasiado torpes y vanidosos para comprender la extremada estrechez de nuestro espíritu, que no sabe que nosotros mismos agitamos con manos de hierro el cubilete de los dados, y que en los actos más intencionales no hacemos más que seguir la partida del juego de la necesidad? ¡Quizá! Para ir más allá de este ¡quizá! se necesitaría haber sido huéspedes del infierno, comensales de Perséfone y haber apostado y jugado á los dados con la misma dueña de la casa.

131. *Las modas morales.*—¡Cómo han variado los jui-

cios morales! Aquellas obras maestras de la moral antigua, las más grandes, por ejemplo, las que emanaron del genio de Epicteto, nada dicen de la glorificación ahora acostumbrada, del espíritu de sacrificio, del vivir para los demás. Con arreglo á nuestras modas morales habría casi que tachar de inmoralidad á aquellos moralistas, puesto que luchaban con todas sus fuerzas por su *ego* y contra la compasión que nos inspiran los demás hombres (especialmente sus dolores y sus debilidades morales). Pero acaso nos contestarían ellos: «Si sois para vosotros mismos objeto de aburrimiento y un espectáculo tan feo, hacéis perfectamente en pensar en los demás antes que en vosotros mismos.»

132. *Ultimos ecos del cristianismo en la moral.*—«La compasión es lo que nos hace buenos, luego es preciso que haya algo de compasión en todos nuestros sentimientos.» Tal es la moral del día: ¿de dónde viene esto? El hecho de que el hombre que realiza actos sociales simpáticos, desinteresados, dirigidos hacia el interés común, es considerado al presente como un hombre moral, es acaso el efecto mayor, la transformación más completa que el cristianismo ha producido en Europa, acaso bien á pesar suyo y sin que esta sea su doctrina. Mas ese fué el residuo de los sentimientos cristianos que prevaleció cuando la creencia fundamental, muy opuesta á él y profundamente egoísta, en la *única cosa necesaria*, en la absoluta importancia de salvación eterna *personal*, así como los dogmas en que se basaba esta creencia fueron declinando, y la creencia accesoria en el amor, en el «amor al prójimo», conforme en sus miras con la práctica monstruosa de la caridad eclesiástica, pasó á figurar en primer térmi-

no. Cuanto más se separaban los hombres de los dogmas, mayormente buscaban la justificación de su alejamiento en el culto del amor á la humanidad. La comezón secreta de los librepensadores franceses desde Voltaire á Augusto Comte, fué no quedarse en eso á la zaga del ideal cristiano, sino exagerarle todo lo posible. Comte, con su célebre fórmula moral «vivir para los demás», *supercristianizó* el cristianismo. Los que han dado mayor celebridad á la doctrina de la simpatía y de la piedad ó de la utilidad para los demás, como principios de conducta, han sido en Alemania Schopenhauer, y en Inglaterra John Stuart Mill; pero en realidad fueron ecos, pues tales doctrinas surgieron al mismo tiempo por todas partes en formas más ó menos sutiles, más ó menos toscas, pero con vitalidad extraordinaria, desde la época de la revolución francesa, y todos los sistemas sociales han ido involuntariamente á colocarse en el terreno comunal de estas doctrinas. Quizá no existe ahora preocupación más extendida que la de creer que se sabe efectivamente en qué consiste la moral. Se oye, al parecer con satisfacción, que la sociedad está en camino de adaptar al individuo á las necesidades generales, y que el considerarse como miembro útil é instrumento de la colectividad, forma á la vez la felicidad y el sacrificio exigible á cada hombre. Sin embargo, se vacila mucho al presente sobre dónde habrá que buscar ese todo colectivo, si en el orden establecido ó en un orden de cosas futuro; si en la nación ó en la fraternidad de los pueblos, ó bien en nuevas comunidades económicas de reducidos límites. Sobre este punto se hacen muchas reflexiones, se vacila mucho, se lucha y se pone en ello mucha pasión; pero hay, en cambio, una singular y unánime armonía en la idea

de que el *ego* debe eclipsarse hasta que se le señale de nuevo, bajo la forma de adaptación al todo, un círculo fijo de derechos y deberes, hasta que se vuelva algo nuevo y diferente de lo que es ahora. Se pretende nada menos, confiésenlo ó no, que una transformación radical, una debilitación y hasta una supresión del individuo. No se cansan, los que así piensan, de ponderar todo lo que tiene de mala, dispendiosa, lujosa, hostil y pródiga la vida individual que se hace en el día; se espera dirigir la sociedad á menos costo, con menores peligros y mayor unidad, cuando no haya más que un gran cuerpo y miembros del mismo. Se juzga bueno todo lo que en alguna forma corresponde al instinto de agrupación y á sus varios subinstintos. Esta es la nota fundamental de la moral contemporánea; la simpatía y los sentimientos sociales se confunden con ella. (Kant está fuera de este movimiento, puesto que enseña expésamente que debemos ser insensibles respecto del dolor ajeno, para que los beneficios que hagamos al prójimo tengan valor moral; Schopenhauer llama á esto el absurdo kantiano, con una ira que en él se explica perfectamente.)

133. *No pensar en uno mismo.*—Convendría meditar seriamente acerca de esto: ¿por qué se tira un hombre al agua para salvar á otro que se está ahogando aunque no se sienta simpatía hacia su persona? Por compasión; se piensa sólo en que es un prójimo—contestará algún aturdido.

¿Por qué experimentamos malestar y pena al ver á alguno escupir sangre, aunque no le queramos bien? Por compasión; no pensamos en nosotros mismos—contestaría el mismo aturdido de antes. La verdad es que mientras nos domina la compasión, es decir, lo que

se acostumbra á llamar así, equivocadamente, no pensamos en nosotros mismos conscientemente, pero seguimos pensando todavía, y mucho, de una manera inconsciente, como también cuando se nos escurre un pie hacemos inconscientemente los movimientos oportunos para restablecer el equilibrio, en lo cual empleamos al parecer toda nuestra razón. El contratiempo sufrido por otra persona nos ofende, nos haría sentir nuestra impotencia y acaso nuestra cobardía, si no acudiésemos en su auxilio. O quizá supone de suyo una mengua de nuestra honra ante nosotros mismos y ante los demás. O en el contratiempo y el dolor ajeno vemos el aviso de algún peligro que también á nosotros nos amenaza, pues aunque sólo sea como señales de la inseguridad y fragilidad humanas, las desgracias ajenas pueden producir en nosotros penoso efecto. Rechazamos este género de amenaza y de dolor, respondiendo á él por medio de un acto de compasión, en el que puede haber una sutil defensa de nosotros mismos y hasta algún asomo de venganza. Se adivina fácilmente que, en el fondo, pensamos mucho más en nosotros mismos que en los demás, al observar las resoluciones que adoptamos en aquellos casos en que no podemos evitar el espectáculo que ofrecen los que padecen y gimen en la miseria. No huimos de ese espectáculo cuando podemos acercarnos á él en son de poderosos y caritativos, seguros de los plácemes, deseosos de contemplar el extremo contrario á nuestra dicha ó con la esperanza de distraer nuestro aburrimiento de la vida. Confundimos las especies llamando compasión al dolor que nos causa el espectáculo de la miseria ajena, que puede ser de tan diferentes clases, pues ese dolor no afecta al que nos lo inspira; nos pertenece á nosotros exclusivamente, como á él su propia miseria. Al

realizar actos de caridad, lo que hacemos es librarnos de ese padecimiento personal nuestro. Sin embargo, no obramos jamás en esta dirección movidos por un solo motivo exclusivamente, y si bien es verdad que queremos librarnos de un dolor, también lo es que cedemos á un impulso de júbilo, júbilo provocado por el espectáculo de una situación opuesta á la nuestra, por la idea de poder socorrer aquella desgracia si queremos, por la esperanza de los plácemes y de la gratitud que cosecharemos, por la actividad del socorro mismo, á condición de que el acto dé buen resultado (y como lo da progresivamente, deleita de suyo al que lo ejecuta), y sobre todo, por la impresión de que al intervenir ponemos término á una irritante injusticia (el dar rienda suelta á la indignación basta ya para desahogarnos).

Todo esto y cosas más sutiles todavía forman la caridad. ¡Qué toscamente ha encerrado el lenguaje en esa palabra una cosa tan complicada! Está en contradicción con la experiencia el que la caridad se identifique con aquel dolor cuya contemplación nos mueve á lástima ó que le comprenda siquiera de un modo muy penetrante y sutil. El que ensalza la caridad bajo estos dos aspectos carece de suficiente experiencia en la esfera de la moral. Por eso dudo al leer las cosas increíbles que refiere acerca de la moral Schopenhauer, el cual querría hacernos creer por este medio en la gran novedad de su invención, que consiste en que la caridad—sentimiento que ha observado tan imperfectamente y que describe tan mal—es la fuente de todas las acciones morales presentes y futuras, precisamente á causa de las atribuciones que comenzó por inventar para ella el citado filósofo.

¿Qué es lo que distingue, en resumen, á los hombres

sin caridad de los hombres caritativos? Ante todo, para no adelantar más que un boceto hecho á grandes rasgos, diré que aquellos no tienen la imaginación impresionable del miedo, la facultad sutil de adivinar el peligro; por donde su vanidad padece menos frecuentemente, si ocurre alguna cosa que hubieran podido evitar (su orgullo les prescribe la precaución de no mezclarse inútilmente en negocios ajenos y les agrada, por lo mismo que es este su modo de conducirse, que cada cual se ayude á sí mismo y se valga de sus propios medios). Además, por lo general, están más acostumbrados á soportar los dolores que los hombres compasivos, y no les parece injusto que padezcan otros, puesto que ellos también padecieron.

Por último, les disgusta el ver las manifestaciones de los corazones sensibles, como á éstos la estoica impassibilidad de los indiferentes; no tienen más que palabras desdeñosas para los corazones sensibles y temen que su espíritu viril y su frío valor peligran ante estos espectáculos; ocultan sus lágrimas delante de los demás y las secan irritados contra sí mismos. Forman parte de otra especie de egoístas que los caritativos, pero llamarlos *malos*, estableciendo así una diferencia, y llamar *buenos* á los hombres compasivos, no es más que una moda moral que tiene ahora su época, como la moda contraria tuvo la suya... una época muy larga.

134. *Hasta qué punto debemos precavernos contra la compasión.*—La compasión, por poco dolor que engendre—y éste debe ser ahora nuestro único punto de vista,—es una debilidad, como todo abandono á una pasión perjudicial. Aumenta el dolor en el mundo; si aquí ó allá produce el efecto de disminuir ó suprimir indirectamente algún dolor, no bastan estas consecuencias oca-

sionales tuyas, desde luego insignificantes en conjunto, para justificar las formas y casos en que resulta dañosa. Si estos últimos predominasen, aunque fuera un solo día, llevarían á la humanidad á su perdición. En sí misma, la compasión no tiene de bienhechora más que otro instinto cualquiera. Sólo cuando la exigimos y la alabamos—y esto sucede cuando no se comprende el perjuicio que ocasiona, sino que se la mira como una fuente de placer—es cuando va acompañada de tranquilidad de conciencia: entonces es cuando nos entregamos á ella de buen grado, sin temor á sus consecuencias. En otras circunstancias, en que se comprenda fácilmente que es peligrosa, será considerada como una debilidad, ó cual sucedía entre los griegos, como un achaque periódico morboso, cuyo carácter perjudicial podía evitarse por desahogos momentáneos y voluntarios. El que en las ocasiones de compasión que la vida práctica le ofrece hace el ensayo de representarse en su fuero interno todas las miserias cuyo espectáculo se ofrece en torno suyo, se vuelve fatalmente melancólico y enfermo. Pero aquel que *en un sentido ó en otro* quiere servir de médico á la humanidad, tiene que tomar precauciones contra ese sentimiento que le paraliza en los momentos decisivos y ata su ciencia y su mano hábil y bienhechora.

135. *Dar lástima.*—Entre los salvajes, el hombre piensa con terror en qué podría ser compadecido, pues esto sería prueba de que carecería de todas las virtudes. Compadecer equivale á despreciar; no se quiere ver padecer á un ser despreciable, pues esto no proporciona deleite alguno. Por el contrario, ver padecer á un enemigo á quien se considera como igual en orgullo y á quien el tormento no doblega, y, en ge-

neral, ver padecer á un ser que no se resuelve á pedir compasión, es decir, á la humillación más vergonzosa y más baja, es el deleite de los deleites; el alma del salvaje se edifica ante estos espectáculos, llegando hasta la admiración; acaba por matar á aquel valiente si está en su mano y tributa al *inflexible* los honores fúnebres. Si hubiese gemido, si su rostro hubiera perdido la expresión de frío desdén, si se hubiera mostrado digno del desprecio, entonces habría podido seguir viviendo como un perro; no hubiese excitado el orgullo del espectador y la admiración se habría trocado en compasión.

136. *La dicha en la compasión.*—Cuando, á la manera de los indios, se pone el fin de toda la actividad intelectual en el conocimiento de las miserias humanas y se permanece fiel á este espantoso precepto durante muchas generaciones, la compasión acaba por adquirir á los ojos de estos hombres del pesimismo hereditario, un nuevo valor, el de conservadora de la vida, que ayuda á tolerar la existencia aunque ésta parezca digna de ser rechazada con repugnancia y con espanto. La compasión viene á ser el antídoto del suicidio, por ser un sentimiento que proporciona placer y que nos suministra en pequeñas dosis el deleite de la superioridad. Nos aparta de nosotros mismos, ensancha el corazón, barre el miedo y la pereza, excita á las palabras, á las quejas y á los actos; es una felicidad relativa si se la compara con la miseria del conocimiento que acosa por todas partes al individuo, le roba el aliento y le empuja hacia la oscuridad. La dicha, sea cualquiera, nos da aire, luz y libertad de movimientos.

137. *¿A qué duplicar el yo?*—Contemplar los acontecimientos de nuestra propia vida con los mismos ojos con que miramos los acontecimientos de la existencia de otro, tranquiliza mucho y es una medicina saludable. En cambio, contemplar y tomar como si fueran propios los sucesos de la vida de los demás reivindicando una filosofía de la caridad, nos llevaría á la ruina en poco tiempo. Hágase el experimento, sin divagar más tiempo. La primera máxima es también ciertamente la más conforme con la razón y la buena voluntad racional, puesto que apreciamos más objetivamente el valor y el sentido de un acontecimiento cuando afecta á los demás y no á nosotros, por ejemplo, la pérdida de una persona querida, un quebranto de fortuna ó una calumnia. La caridad como regla de conducta, con este precepto: duélete del mal de otro tanto como se duela él mismo, traería forzosamente el punto de vista del yo con su exageración y sus extravíos, que se haría extensivo al punto de vista del otro, del que se compadeciese, de suerte que padeceríamos á la vez por nuestro yo y por el yo ajeno y nos abrumaríamos voluntariamente con una doble sinrazón, en vez de hacer todo lo más ligero posible el peso de la nuestra.

138. *Volverse más tierno.*—Cuando amamos, respetamos y admiramos á alguien y llegamos á comprender que padece, experimentamos cierto asombro, pues nos parece inadmisibile que la dicha que esa persona nos proporciona, no emane de la fuente de su dicha personal. Nuestro sentimiento de amor, de respeto y de admiración se transforma entonces en su esencia; se hace más cariñoso, más tierno, es decir, que el abismo que nos separa de aquella persona parece llenarse, como

si se efectuara entre ella y nosotros una aproximación de igual á igual. Entonces nos parece posible ya corresponderla, cuando antes nos la figurábamos superior á nuestro agradecimiento. Esta facultad de corresponder, de pagar los beneficios, nos conmueve y nos causa gran placer. Procuramos adivinar con qué podrá calmarse el dolor de nuestro amigo, y se lo damos; si quiere palabras consoladoras, miradas compasivas, atenciones, servicios, obsequios, se los procuramos; pero ante todo, si quiere vernos doloridos ante el espectáculo de su desgracia, nos tendrá doloridos, pues todo esto nos suministra las *delicias del agradecimiento activo*, que equivale á la *venganza*. Si no quiere aceptar, si nada admite de nosotros, nos alejamos tristes y fríos, casi resentidos, es como si se rechazara nuestro agradecimiento, y en este punto de honra, el mejor hombre del mundo es quisquilloso. De todo lo cual se infiere que hasta en el mejor caso hay algo de humillante en el dolor, y en la compasión algo que eleva la superioridad, lo cual separa eternamente ambos sentimientos.

139. *La moral que presume de más elevada.*—¿Decís que la moral de la caridad es una moral más elevada que la del estoicismo? Probadlo, pero advertid que para averiguar lo que es superior ó inferior en moral, no es posible guiarse por evaluaciones morales, puesto que no existe una moral absoluta. Buscad en otra parte vuestras medidas y tened cuidado.

140. *Alabanzas y censuras.*—Si una guerra termina desgraciadamente, se pregunta de quién es la culpa; si conduce á la victoria, se alaba al triunfador. Dondequiera que hay un fracaso se inquiere la responsabili-

dad, pues el fracaso lleva anejo un descontento contra el cual se emplea el único remedio posible; una nueva excitación del sentimiento de la fuerza: excitación que se encuentra en el castigo del «culpable». Este culpable no es, como podría creerse, la víctima expiatoria de las culpas de los demás, no; es la víctima de los débiles, de los humillados, de los rebajados que quieren demostrarse á sí mismos, en cabeza de alguien, que aún tienen fuerza. Condenarse á sí mismo puede ser también un medio de proporcionarse, tras la derrota, el sentimiento de la fuerza.

Por el contrario, la glorificación del triunfador suele ser el resultado, no menos ciego, de otro instinto que quiere tener su víctima, y en este caso, el sacrificio parece dulce y seductor á la víctima. Ocurre esto cuando el sentimiento del poder llega al colmo en un pueblo por un triunfo tan grande y prestigioso, que sobreviene el cansancio de la victoria y se abandona una parte del orgullo, naciendo entonces un sentimiento de abnegación, que busca un objeto. Lo mismo cuando nos alaban que cuando nos censuran, solemos ser para nuestros vecinos ocasiones de desahogar los instintos de alabanza ó de censura acumulados en ellos, ocasiones traídas por los cabellos muy frecuentemente. En ambos casos les hacemos un beneficio, sin mérito por parte nuestra ni gratitud por la suya.

141. *Más hermoso pero de menos valor.*—He aquí la moral pictórica; la moral de las pasiones que se elevan en líneas escarpadas, de las actitudes y de los gestos patéticos incisivos, terribles y solemnes. Este es el grado semisalvaje de la moral: no nos dejemos tentar por su encanto estético para señalarle una categoría superior.

142. *Simpatía*.—Si para comprender al prójimo, es decir, para reproducir sus sentimientos en nosotros, volvemos frecuentemente á inquirir el fondo de sus sentimientos, determinados en tal ó cual forma, preguntándonos, por ejemplo, ¿por qué estará triste? á fin de ponernos nosotros tristes por la misma causa, todavía es más frecuente que omitamos esta precaución y provoquemos en nosotros mismos esos sentimientos con arreglo á los efectos que se manifiestan y hacen visible en el prójimo, imitando en nuestro cuerpo la expresión de su mirada, de su voz, de su modo de andar, de su actitud (al menos con alguna ligera semejanza en el movimiento de los músculos y en la inervación), ó bien la representación de todo esto en el lenguaje, la pintura ó la música. Entonces nace en nosotros un sentimiento semejante, á consecuencia de una antigua asociación de movimientos y de sentimientos que nos hemos adiestrado en prolongar en las dos direcciones. Muy lejos hemos llegado en esta habilidad para comprender los sentimientos ajenos y la ejercemos casi involuntariamente apenas tenemos delante otra persona; obsérvese en particular el movimiento de las facciones en el rostro de una mujer, y se verá cómo vibra y palpita bajo el imperio de una constante imitación, reproduciendo sin cesar los sentimientos que se agitan á su alrededor.

La música es lo que manifiesta más claramente cuál maestría poseemos en la adivinación rápida y perspicaz de los sentimientos y en la simpatía, pues si la música es la imitación de una imitación de sentimientos y á pesar de lo que hay en ella de lejano y vago, nos hace participar todavía de esos sentimientos con mucha frecuencia, poniéndonos tristes sin motivo verdadero de tristeza, como los locos, sencillamente porque

escuchamos sonidos y ritmos que recuerdan de algún modo la entonación y el movimiento de los afligidos ó lo que éstos acostumbran á hacer. De un rey danés se cuenta que la música de un trovador le produjo tan belicoso arrebato, que levantándose del trono mató á cinco personas de su corte que junto á él se hallaban: allí no había guerra, ni enemigos, ni cosa que lo pareciese, pero la fuerza sugestiva de la música, retrotrayendo el sentimiento á su causa, fué lo bastante violenta para sobreponerse á la evidencia y á la razón. Ese suele ser el efecto de la música (partiendo del supuesto de que produzca algún efecto), y no es menester apelar á casos tan extraordinarios para darse cuenta de ello; los sentimientos á que nos transporta la música están casi siempre en contradicción con la evidencia de nuestra situación verdadera y con la razón, que reconoce y comprende esta situación real de las cosas.

Si tratamos de averiguar cómo ha llegado á ser tan corriente esta imitación de los sentimientos ajenos, la respuesta no ofrecerá dificultades. Como el hombre es la criatura más miedosa de todas por su debilidad y su perspicacia, ha hallado en esa predisposición al temor la iniciación en la simpatía y en la rápida comprensión de los sentimientos ajenos (hasta los de los animales). Durante millares de años el hombre ha visto un peligro en todo lo extraño á él, en todo lo viviente. Tan luego como se presentaba ante su vista un espectáculo de esta clase, imitaba los movimientos y la actitud que tenía delante para sacar la consecuencia de las malas intenciones que bajo aquellas apariencias podían agitarse. El hombre extendió á las cosas inanimadas esta interpretación de todos los movimientos y de todos los gestos en el sentido de las intencio-

nes, guiado por la ilusión de que no existía en la naturaleza cosa verdaderamente inanimada. Creo que ahí está el origen de lo que llamamos sentimiento de la naturaleza, de la impresión que nos producen el aspecto del cielo, las llanuras, las rocas, los bosques, las tempestades, las estrellas, los mares, los paisajes, la primavera, etc. Sin el antiguo hábito del miedo que nos hacía ver todo esto en una relación secundaria y remota, no gustaríamos ahora los goces que la naturaleza nos produce; ni nos deleitaría la contemplación del hombre y de los animales, sin ese gran iniciador de toda comprensión: el miedo. La facultad de comprender rápidamente las cosas—que está basada en la facultad de disimular rápidamente—disminuye en los hombres y en los pueblos altivos y soberanos, porque son menos miedosos, y al revés, son familiares á los pueblos medrosos todas las categorías de la comprensión y del disimulo.

¡Cuánto asombra y entristece, después de exponer esta teoría de la simpatía, recordar aquella otra teoría sacrosanta, muy estimada ahora, de un proceso místico por virtud del cual la piedad hace que dos seres se fundan en uno, siendo posible de este modo para cada uno de ellos, la comprensión inmediata del otro, y pensar que un cerebro tan lúcido como el de Schopenhauer pudo complacerse en tan miserables pamplinas, transmitiendo esa afición á otros cerebros lúcidos y semilúcidos! ¡Cuán grande debe de ser el deleite que nos proporcionan las tonterías incomprensibles! ¡Cuán cerca de la insensatez se encuentra todavía el hombre cuando da oídos á sus secretos deseos intelectuales! ¿Qué sería lo que obligaba á Schopenhauer á manifestar tanto agradecimiento á Kant, á sentirse tan obligado? El mismo lo declaró una vez, sin ambages. Alguien

había hablado de la manera de eliminar la *qualitas occulta* del imperativo categórico, para hacerle inteligible. Al oír lo cual, exclamó Schopenhauer: «¡Inteligibilidad del imperativo categórico! ¡Idea profundamente errónea! ¡Tinieblas de Egipto! ¡Ojalá no se vuelva inteligible! El gran resultado conseguido por Kant es precisamente la certeza de que hay algo ininteligible, de que esta miserable razón y sus conceptos son algo limitado, condicionado, finito, falible!» Dejo á la consideración del lector si puede tener verdadera voluntad de *conocer* las cosas morales, el que se entusiasma desde el primer momento con la idea de la inteligibilidad de las mismas! Sólo puede pensar así el que crea sinceramente en las revelaciones del cielo, en la magia, en las apariciones y en la fealdad metafísica del sapo.

143. *¡Desgraciados de nosotros si esta tendencia se difunde!*—Si la tendencia á la abnegación y á la solicitud por los demás (la simpatía) tuviese doble fuerza de la que tiene, se haría insoportable el mundo. Consideremos solamente las torpezas que comete cada cual todos los días y á todas horas por su amor á sí mismo, y cuyo espectáculo nos es tan insoportable. ¿Qué sería si nos convirtiésemos para los demás hombres en objeto de esas locuras y esas importunidades que ahora padece únicamente cada uno en la parte que le toca? Habría que huir, en cuanto un prójimo se acercara á nosotros. Y habría que anatematizar á la simpatía con las mismas palabras injuriosas con que hoy censuramos el egoísmo.

144. *Abstraernos de las desgracias de los demás.*—Si nos dejamos entristecer por las miserias y dolores de los

demás mortales y cubrimos de nubes nuestro propio cielo, ¿quién pagará las consecuencias? Seguramente los demás mortales; y esto será otro mal que añadir á los que padecen. No podremos ser, para ellos, caritativos ni consoladores, si nos convertimos en eco de sus males y prestamos continuamente oídos á estas desdichas. A menos que aprendamos el arte de los dioses del Olimpo y que tratemos *de edificarnos* con el espectáculo de las desgracias de los hombres, y no ser desgraciados con ellos. Mas para nosotros esto es demasiado olímpico, aunque con el placer de la tragedia, hayamos dado un paso adelante hacia ese canibalismo ideal de los dioses.

145. *¿No será egoísta?* — Este está vacío, y querría estar lleno; aquél está rebosando, y querría vaciarse: ambos se sienten impulsados á buscar un individuo que les ayude á realizar su fin. Este fenómeno, interpretado en un sentido superior, lleva en ambos casos el mismo nombre: «Amor». ¿Cómo? ¿Será el amor algo desprovisto de egoísmo?

146. *Mirar más allá del prójimo.* — ¿Cómo? ¿Consistirá para nosotros la esencia de lo verdaderamente moral en considerar las consecuencias próximas é inmediatas que pueden tener nuestros actos para los demás hombres y decidir nuestra conducta con arreglo á estas consecuencias? Esta es una moral estrecha y burguesa; pero todavía es una moral. Me parece que respondería á una idea superior y más perspicaz, el mirar más allá de esas consecuencias inmediatas para el prójimo, á fin de alentar designios de mayor alcance, á riesgo de hacer padecer á los demás, verbigracia: empujar hacia el conocimiento, no obs-

tante la certeza de que nuestra libertad espiritual comenzara por sumir á los demás en la duda, el pesar y algo peor todavía. ¿No tenemos, cuando menos, el derecho de tratar al prójimo como nos tratamos á nosotros mismos? Y si tratándose de nosotros mismos no pensamos, de una manera tan estrecha y burguesa, en las consecuencias y los inconvenientes inmediatos de los actos, ¿por qué hemos de hacerlo cuando se trate de los demás? Admitiendo que tengamos para con nosotros mismos espíritu de sacrificio, ¿qué razón ha de impedirnos sacrificar al prójimo con nosotros mismos, como han hecho hasta ahora los Estados y los monarcas, sacrificando al ciudadano, «por el interés general», como solía decirse? Nosotros tenemos también intereses generales, y acaso son los intereses más generales. ¿Por qué no ha de haber derecho á sacrificar algunos individuos de la generación presente en utilidad de las generaciones futuras, si sus penas, sus inquietudes, sus desesperaciones, sus vacilaciones y sus errores fuesen necesarios para que una nueva reja de arado abriese surcos en el suelo y le tornara fecundo para todos? Finalmente, comunicamos al prójimo un sentimiento que le hace considerarse víctima, le persuadimos á aceptar el papel que le hemos señalado. Es que somos implacables. Si *más allá de nuestra caridad* quisiéramos alcanzar un triunfo sobre nosotros mismos, ¿no sería esta una actitud moral más elevada y más libre que aquella en que nos limitamos á ver si un acto causará un bien ó un mal al prójimo? Con el sacrificio—en el cual nos incluimos todos, lo mismo nosotros que el prójimo—fortaleceríamos y elevaríamos el sentimiento del poder humano, aun suponiendo que no lográsemos más. Esto sería ya un aumento positivo de la dicha. Y en último término,

si esto sucediera...; pero ni una palabra más. Basta una mirada, me habéis entendido.

147. *La causa del altruismo.* — Los hombres hablan del amor con tanto énfasis y tal adoración porque nunca han tropezado con mucha cantidad de él y no han podido hartarse jamás de este manjar; así es como ha llegado á convertirse para ellos en ambrosía, en un manjar divino. Si un poeta quisiera presentar realizada la utopía del amor universal de los hombres, tendría que describir un estado tan atroz y ridículo como jamás se vió en el mundo; cada uno se vería acosado é importunado, no por un solo amigo, como sucede ahora, sino por millares, por todo el mundo, gracias á esa inclinación irresistible, que sería entonces tan maldecida é insultada como el egoísmo por la humanidad antigua. Los poetas de esta nueva era, si les dejaban tiempo para componer sus obras, no harían más que soñar con aquel pasado dichoso sin amor, con el divino egoísmo, con la soledad que antaño era posible en la tierra, con la tranquilidad del estado de antipatía, de odio, de desprecio y todos los nombres que puedan darse á la infamia de la animalidad en que vivimos.

148. *Mirando á lo lejos.* — Si, como se dice en una definición, sólo son morales los actos que se realizan en consideración al prójimo, y no más que en consideración al prójimo, la consecuencia es que no hay actos morales. Si sólo son morales, como quiere otra definición, los actos realizados por influjo de una voluntad libre, tampoco hay actos morales.

¿Qué es entonces lo que se llama de este modo, que existe, sin duda, y requiere, por consiguiente, una explicación? Son los efectos de algunos errores intelec-

tuales. Suponiendo que nos librásemos de estos errores, ¿que sería de los actos morales? Por virtud de aquellos errores hemos atribuido hasta ahora á ciertos actos un valor superior al que tienen en realidad; les hemos separado de los «actos egoístas» y de los «actos no emancipados». Si los juntamos de nuevo con éstos como se debe, disminuimos su valor (la apreciación de su valor) y le disminuimos más de lo justo, puesto que los actos egoístas y no emancipados han sido tenidos en muy poco hasta ahora, á causa de aquella suprema diferencia, íntima y profunda, que se establecía con los otros. ¿Serían ejecutados con menos frecuencia aquellos actos desde el momento en que se les concediese menos valor? Indudablemente, al menos durante algún tiempo, mientras la balanza del sentimiento del valor moral se hallase bajo la reacción del desnivel anterior. Pero en cambio devolveríamos á los hombres el ánimo para realizar los actos desacreditados como egoístas y elevaríamos el valor de ellos, quitándoles su carácter pecaminoso. Y como hasta ahora las acciones egoístas han sido las más frecuentes y lo seguirán siendo hasta la eternidad, quitaríamos á la imagen de las acciones humanas y de la vida *su apariencia de maldad*. Este sería un resultado superior. Cuando el hombre no se juzgue ya malo, dejará de serlo.